

De viaje



Clemente, Horacio Domingo
De viaje / Horacio Domingo Clemente ; ilustrado por
Marcela Calderón.

- 2a ed. - Buenos Aires : Amauta Argentina, 2012.

128 p. : il. ; 20x14 cm.

ISBN 978-987-26232-9-6

1. Narrativa Juvenil . I. Marcela Calderón, ilus. II. Título.

CDD 863.928 3

Amauta Argentina S.R.L.
Roosevelt 4550, Buenos Aires
www.e-amauta.com.ar
contacto@e-amauta.com.ar
amauta.argentina@gmail.com

Ilustraciones: Marcela Calderón
Diseño de colección: Carlos Schlaen
Edición gráfica: Amauta Argentina S.R.L.

©Amauta Argentina S.R.L., 2012

Hecho el depósito que establece la Ley 11.723
Impreso en Argentina / Printed in Argentina

Horacio Clemente

De viaje

Ilustraciones de Marcela Calderón



LA ESTACIÓN TOMA COLOR

—**E**s una vergüenza —decía el guarda—; falta tan poco para que a lo mejor parta el tren y todavía no llegó ningún pasajero. Después se quejan de los ferrocarriles... Qué barbaridad.

Estaba impaciente el guarda, y nervioso. Por pura ansiedad hizo sonar su silbato dos o tres veces pero ningún pasajero se divisaba en el andén. “¿No viajará nadie hoy —se preguntaba—; será que todo el mundo devolvió los boletos?”. Miraba el reloj a cada instante, el suyo de bolsillo y el gran reloj de la estación, blanco y redondo. “Qué país, Dios mío, qué país”, murmuraba.

Por suerte apareció una pasajera. Era la señorita Emergilda, apurada y nerviosísima. Portaba dos maletas, una en cada mano, enormes y repletas, con tanta ropa y objetos personales (cremas, perfumes, espejitos, depiladores) como si estuviera por viajar dos años enteros sin detenerse en ningún lado. Traía también un paquete de galletitas rellenas que apretaba bajo el brazo izquierdo para que no se le cayera. Y otro paquete de galletitas sin sal bajo el brazo derecho, apretándolo para no dejarlo caer. Llegó apresuradamente, temerosa quizá de que el

tren ya se hubiera ido, tratando de mirar a cada rato su reloj pulsera que, de tan chiquito, era casi imposible de distinguir. Al ingresar en el andén y comprobar que el tren no había partido se tranquilizó. Dio un suspiro —de alivio—, y apoyó las maletas en el suelo; se sentó sobre una de ellas y mientras aguardaba a que se abrieran las puertas corredizas de los vagones empezó a comer galletitas, una rellena, una sin sal; una sin sal, otra rellena.

—Bueno... —se dijo el guarda sosegado— al menos un pasajero hay.

Tres minutos después llegó el señor Gordillo, gordo como su apellido lo indica, traspirando y jadeante, apuradísimo igualmente, con una valijita casi de miniatura y con una jaula envuelta hasta la mitad, dejando aire y luz para que el canario que estaba adentro pudiera respirar y no sufriera. Con toda educación saludó a la señorita Emergilda —quien seguía comiendo galletitas— y se sentó a casi seis metros de ella sobre su valijita insignificante.

El guarda quedó más aliviado, más sereno.

No habían pasado cuatro minutos cuando, corriendo como un desaforado para no llegar tarde, apareció en el andén el señor Américo Navetti. Con su hijo Fortunato (de diez años y tres meses) corriendo a la par del padre y apurado igualmente y con su hija Nereida (de trece), corriendo a la par del padre y del hermano, tan desaforadamente como ellos. Con cañas de pescar, mochilas, bolsas de dormir, farolito, calentador y cacerolas de aluminio —una para cada uno—. Dejaron caer todo sobre el piso, aunque suavemente para no romper nada y para tomarse

un respiro, sosegados los tres al comprobar que el tren estaba allí. Después de intercambiar tímidos y casi imperceptibles saludos con el guarda y con los dos futuros compañeros de viaje, se sentaron sobre sus respectivas mochilas, a unos siete metros de la señorita Emergilda y a unos doce del señor Gordillo.

Cuando faltaban unos cuantos minutos para que el tren, según el horario, partiera de la estación, al andén llegaron el señor Papiro Contamusa y su esposa, la profesora Rapsodia Fernández de Contamusa. Apuradísimos. Con un montón de manuales y carpetas la profesora y un pesado baúl con ruedas que arrastraba de una soguita el señor Papiro. Sosegados al ver al tren detenido, el señor marido de la profesora se recostó sobre el gran baúl para darse un descanso y su esposa la profesora se recostó sobre el marido pero para abrir una carpeta y corregir unos escritos con lapicera roja a bolilla. Después saludaron al guarda con un movimiento de cabeza y, repitiendo el movimiento, al señor Gordillo, a la señorita Emergilda y al señor Américo e hijos. Se ubicaron a unos nueve metros de los demás.

El guarda, definitivamente serenado, se sentó sobre la escalerilla de uno de los vagones y sacó un cigarrillo de chocolate para comerlo con satisfacción.

En ese momento llegó la bailarina Mariposas González, a los saltos de bailarina, apresuradísima, con su malla de baile puesta y las zapatillas de media punta.

—No tuve tiempo ni de cambiarme —aclaró aunque nadie le preguntara nada—; creí que no llegaba.

Luego hizo una reverencia, una de esas figuras de danza que llevan nombre francés, saludando a todos. No se sentó; se puso en puntas de pie para otear si la locomotora era diesel o si se trataba de un tren eléctrico. Se ubicó a unos ocho metros de distancia mientras ensayaba, de cuando en cuando, nuevos pasos de baile.

A continuación llegó el Gerente de Personal señor Rígido Malacoides, militar retirado y exfuncionario de gobierno, con un portafolios que apretaba ceremoniosamente contra el pecho, acompañado de su elegante secretaria la señorita Juana Converso, con dos valijones y un andar pausado y arrogante. Avanzaron ambos por el andén saludando con altivez y ampulosidad.

—Como me lo temía —dijo el señor Malacoides mirando su cronómetro y clavando los ojos en los del guarda con gesto de reproche—; hemos llegado con excesiva puntualidad. En fin... A usted y a mí nos gusta cumplir. ¿No es así, señorita Converso?

—Si, señor Malacoides.

Pero la arrogante figura del señor Malacoides se vino al suelo cuando, al tropezar sin querer, también al suelo se vino su portafolios, abriéndose y dejando esparcir multitud de papelitos verdes que resultaron ser billetes de cien dólares. Nereida y Fortunato, tentados por semejante tropezón, soltaron una sonora carcajada y —al reconocer los dólares— un grito de admiración. El señor Malacoides pareció no dar importancia al accidente; en cambio impartió una orden con toda sequedad:

—Señorita Converso: recoja todos los billetes, cuéntelos y póngalos por número de serie como estaban.

—Es que no traje la máquina de contar billetes, señor.

—¿Será posible que los argentinos siempre busquen pretextos para no trabajar? ¡Hágalo manualmente! ¡Máquina de contar billetes voy a darle yo!

—Sí, señor Malacoides.

Y en tanto la secretaria recogía y agrupaba los dólares él se sentó en uno de los bancos del andén, a unos quince metros de todos. Encendió un habano y púsose a leer el diario mientras esperaba aparentemente



No era fácil calcular aún en qué momento saldría el tren cuando, corriendo con toda agilidad, llegó el joven músico Carlitos Pardiez y su bandoneón. Hizo sonar algunos compases a modo de saludo y se quedó a esperar sentándose sobre el estuche de su instrumento, a unos seis metros de distancia. Y considerando enseguida que la espera podría amenizarse con un poco de música, volvió a jugar con el bandoneón y finalmente tocó un tango a la manera actual, mezcla de Bach y de Charly García. Ni bien lo oyó, estimulada por esa música, la bailarina

Mariposas González no pudo contenerse y empezó a bailar al compás. Lo mismo le ocurrió a Rígido Malacoides quien se puso a bailar con su secretaria. “Este tanguito me hace acordar de mi juventud”, dijo.

La locomotora, en esas circunstancias, hizo oír su primer sonoro silbato. “Esto se anima”, dijo el guarda y se comió su segundo cigarrillo de chocolate.

Finalmente llegaron los que al parecer serían los últimos pasajeros de ese día: el celebrado domador circense Sañudo Papalaguas y su hermosísima compañera la amazona Margaritona Vueltas, con sus caballos y dromedarios amaestrados. Saludaron a todos desde diez metros y se sentaron a esperar, la amazona arriba de un dromedario y el domador arriba de un caballo. Los caballos y dromedarios no se sentaron.

Sin embargo no: al rato aparecieron Adventicia Timorata y su nene, quienes llegaron justo a tiempo para ser los últimos. Con botas muy altas (de cuero) y guantes largos (también de cuero) pese al calor que hacía y a lo extraño que parecían.

—Con cuidado, nene; no te acerques al borde del andén. Caminá por el medio —dijo la mamá.

—Sí mamá (dijo el nene, de trece años y medio).

Saludaron en voz muy baja. La señora, sin sacarse los guantes, barrió con ambas manos alguna suciedad del piso y, cuando lo consideró limpio, puso una manta en el suelo y ella y su hijo se sentaron sobre esa manta.

—No vayas a ensuciarte, nene —dijo la mamá.

—No, mamá —dijo el nene.

2

LLEGA EL INSPECTOR Y PRONUNCIA UN DISCURSO

La expectativa de los pasajeros que esperaban sentados en el andén pareció llegar a su fin porque en un momento de ese instante hizo su aparición el inspector. Severo y circunspecto, sin dar sin embargo señales de partida, después de saludar con cierto aire de importancia pidió que repararan en la pulcritud de su gorra, de su uniforme y de su máquina de picar boletos que brillaba como recién cromada.

Trepando con un agilísimo salto al estribo de uno de los vagones, solicitó a los pasajeros que se le acercaran y así habló con sabias palabras:

—Señores: los he reunido porque deseo anticiparles que de un momento a otro dará comienzo ese extraordinario viaje por el que han venido hasta aquí. Pero antes quiero prevenirles acerca de la ansiedad que indudablemente están sintiendo: les aseguro que es absolutamente normal, común a todo pasajero que sueña con la partida. No deben entonces inquietarse; sé por experiencia que poco a poco se tranquilizarán; será a medida que yo les permita subir al tren, que ustedes ocupen sus asientos

y que finalmente nos pongamos en marcha. Llegará un momento –les digo de verdad– en que esos nervios desaparecerán por completo. Entonces ya relajados podremos –por ejemplo– comer a boca llena, dormir a pierna suelta, leer o jugar a los dados mientras el tren devora los kilómetros para llevarnos a destino. Por supuesto: la ansiedad volverá a dominarnos cuando ya nos estemos acercando a nuestra meta final; pero ese es tema que por ahora no debe preocuparnos.

”Advierto por otra parte que entre ustedes existe cierta frialdad, como una especie de desconfianza o distanciamiento (en este andén los veo muy alejados unos de otros), y es lógico. Apenas se conocen y cada cuál se pregunta cómo será el vecino, con quién le tocará sentarse, con qué clase de gente viajará. ¿Estaremos entre personas gratas, simpáticas, buenas, divertidas? ¿O serán directamente insoportables? ¿Serán pasajeros honestos, prudentes, cultos, educados? ¿O serán una verdadera porquería? Con el devorar de las distancias esos recelos terminarán y ya verán qué agradables y amigos vamos a resultarnos. Porque el viajar une a los viajeros. ¡Si conozco un montonazo de parejas, idilios y hasta matrimonios enteros que se formalizaron en un tren!”

Los pasajeros oyeron en silencio al inspector, y una cierta sonrisa amable que se esbozó en la boca de todos denotó que había estado certero en sus observaciones y predicciones: ya empezaban a mirarse con menor recelo, como si quisieran estar más juntos y comunicarse para entablar una relación. Pero el inspector no había terminado:

—No crean sin embargo que el viaje será un Viva la Pepa y que una vez en marcha cada uno podrá hacer lo que se le ocurra sin mi permiso. ¡No, no y no! Como antiguo inspector de ferrocarriles asignado desde hace años a este mismo tren y a fin de que el viaje nos sea útil y provechoso deseo recordarles algunas obligaciones a cumplir desde el momento en que estén ubicados en sus asientos. Será en beneficio de todos. Primero: queda absolutamente prohibido hablar a los gritos aunque el ruido de la marcha tape las voces; Segundo: queda prohibido, también absolutamente, apoyar los pies en el respaldo de adelante o tenderse en un asiento desocupado para dormir más cómodo; Tercero: se prohíbe intentar cualquier actividad deportiva en los pasillos ya sea con fines de entrenamiento o de simple esparcimiento como pescar, andar a caballo o dromedario, etcétera; Cuarto: está prohibido cantar a coro o individualmente, con acompañamiento musical o a capella, como así también ejecutar bandoneones o bailar. Tampoco se permite contar billetes a la vista de todos aunque sea en horario bancario ni dictar cursos durante el viaje, desparramar migas de galletitas por el suelo y limpiar jaulas de canarios.

Hizo una pausa el inspector, y mientras observaba con acrecentada severidad a uno por uno, terminó:

—Al que le quepa el sayo que se lo ponga... ¡Y cuidado con perder los boletos!

Aludidos así, los pasajeros tomaron muy a mal la larga lista de recriminaciones. Tanta prohibición conspiraba con la felicidad de viajar. “Está loco este si cree que le

haré caso —pensó Fortunato—; una vez en el tren yo voy a hacer lo que se me ocurra”. Inmediatamente un agrio “¡UUUUU...!”. de desaprobación que dieron los pasajeros demostró su disgusto. Los únicos que parecieron estar de acuerdo fueron el señor Malacoides y su elegante secretaria quienes no hicieron “¡UUUUU!”, sino que aplaudieron calurosamente al inspector. Ante ese aplauso el resto los imitó y aplaudió también, aunque no calurosa sino rabiosamente.

A pesar del enojo mayoritario, el inspector siguió hablando como si tal cosa. Pero esta vez para terminar:

—Es costumbre de los trenes —por más privatizados que estén— salir con algún atraso; para que nada les falte en este viaje, cumpliremos con la tradición. Les pido entonces que no se impacienten demasiado y que no se aburran o se peleen; en todo caso jueguen entre ustedes. Por el momento los dejo en libertad.

3

LAS PALABRAS DEL INSPECTOR SIGUEN AFECTANDO AL PASAJE

Vimos que el discurso del inspector disgustó a casi todos los pasajeros. Pero además los dejó preocupados y deprimidos. No tanto por las prohibiciones –a las que nadie, finalmente, pensaba acatar– o por lo del atraso al que los argentinos –horas más, horas menos– estamos acostumbrados, sino por lo del distanciamiento entre ellos. No era atractivo emprender un viaje en el que todos recelaran y nadie simpatizara con el otro. Es cierto que aquella sonrisa dibujada en la boca de cada uno evidenció las ganas de hacerse amigos, es cierto también que tal vez no se tratara de distanciamiento o de frialdad sino de timidez; por eso la profesora Rapsodia de Contamusa (por algo era profesora) se propuso puntualizar los conceptos principales y reordenarlos para estudiarlos de memoria. Tenía la certeza de que si se los analizaba y comprendía, se comunicarían mejor y les iría bien en el paseo.

En una pared recién pintada que usó como pizarrón y con un aerosol que sacó de la cartera escribió: Frialdad, Desconfianza, Distanciamiento. Al lado, pero en columna: Gratas, Simpáticas, Buenas. A un costado y entre